Una última parada

Sebas odiaba coger el autobús todas las mañanas. El trayecto se le hacía eterno, sobre todo cuando el autobús iba abarrotado de gente. Los gritos, las curvas, las constantes paradas… nada podía ser peor para él.

Su abuela cogía el autobús con él, acompañándolo todas las mañanas al colegio. Ella iba muy ilusionada, pues normalmente no solía pasar mucho tiempo con su nieto.

— Que buena mañana hace, ¿no? —preguntó. ¿Tuviste mucha tarea ayer? —volvió a preguntar, mirando a su nieto.

— Nada… Lo de siempre— refunfuñó entre dientes.

— ¡Ay, Sebas! Levanta esos ánimos muchacho, te saldrán arrugas antes de tiempo si sonríes tanto —le reprendió su abuela, entre pequeñas risitas.

Sin embargo, Sebas no dijo nada. Miró a su abuela con cara de póker.

Y su abuela, sorprendida, decidió no decir nada más. Volteó la cabeza, cabizbaja, y comenzó a mirar a través de la ventana del autobús, un poco triste, pensando si su nieto sería capaz de imaginar que ese era (y sería) de los pocos momentos y ratos que pasaría con ella.

Sebas llegó corriendo a coger el bus.

Había cambiado de trabajo hace poco y volvía a utilizar el autobús.

Regresó a Málaga después de varios años trabajando como ingeniero informático en Madrid. Esa mañana, temprano, apenas había gente esperando en la parada. Unos pocos muchachos jóvenes que iban a estudiar, un matrimonio mayor y él.

Justo cuando el conductor se disponía a cerrar las puertas y a comenzar el viaje, un niño llegó corriendo al autobús con su abuela, que le seguía, acalorada, desde un poco más atrás.
Finalmente, el conductor abrió de nuevo y les permitió subirse. El niño le dió las gracias a este, sin embargo, cuando se sentó, no muy lejos de Sebas, comenzó a protestar con su abuela.
— De verdad, abuela, ¿no puedes andar más rápido? No quiero venir contigo y encima andas súper lento y casi lo perdemos. ¡Esto es horrible! —protestó, mirando a su abuela con mala cara.
— Lo siento, Andrés. De verdad que hago lo que puedo pero me canso mucho…—contestó su abuela, abatida.
Andrés, aún malhumorado, decidió separarse de su abuela y sentarse en otro asiento, dejándola sola.

Sebas, que lo había visto y escuchado todo, no fue capaz de contenerse. Se levantó y se sentó al lado del chico y se dirigió a él:
— Oye… Te noto enfadado, ¿puedo preguntarte qué te ha pasado? — aunque sabía la respuesta, necesitaba arrancar la conversación.
— Mi abuela, siempre igual. Camina súper lento y encima tengo que aguantarla en el autobús— contestó.

— ¿Sabes una cosa? Cuando yo también era un niño, me pasaba igual. Me acompañaba mi abuela y no podía soportarlo. Cuando ella ya no estaba, me di cuenta de cuánto echo de menos no tenerla ahora sentada a mi lado y lo maravilloso que fueron esos momentos con ella en el autobús— confesó al chico con los ojos humedecidos.

Estas palabras hicieron reflexionar a Andrés, que se volvió y miró a su abuela con completa gratitud.